

DE LA RAZON ILUSTRADA A LA RAZON SENSIBLE

Ibar Varas V.

Profesor
Decanato de Administración y
Contaduría - UCLA

Pudiera pensarse que una crítica al racionalismo es hoy una tarea extemporánea. Los discursos de teorías emergentes o estudios en desarrollo parecen confirmar lo contrario. Sin pretender que esta sea una visión acabada de cuanto se ha venido gestando al respecto, obsérvense –entre otros los siguientes análisis y sus correlatos con niveles de aportación teórica.

EL ERROR DE DESCARTES

Con este título, Antonio Damasio culmina una investigación de más de veinte años en el complejo mundo de las neurociencias. El mismo es catedrático de neurología en la Universidad de Iowa. Reputado por sus trabajos con personas afectadas por lesiones cerebrales, Damasio establece una hipótesis que los clásicos del racionalismo no habrían podido vislumbrar y tal vez habrían rechazado: la razón y sus manifestaciones objetivas en la interacción social que reconocemos como racionalidad, no son disposiciones neutras, puras. No hay una razón como principio inmanente desde el cual se proyecta nuestra vida moral, cultural en sentido amplio. Somos racionales y en esa característica privilegiada están integrados afectos y sentimientos. Damasio reconstruye un caso que la investigación neurológica había dejado inconclusa en 1844 en los Estados Unidos. Se lanza tras los pasos de Phineas Gage, el eficiente empleado experto en explosivos de una compañía ferroviaria que instalaba nuevas vías y que, tras un accidente increíble, pierde su vida emocional. Damasio va revisando archivos con celo y brillantez profesional. A las conclusiones que resultan del caso de Gage, quien tras el accidente deja de ser la persona aplomada, respetuosa, gentil y se transforma en un hombre insensible, incapacitado de vivir su vida afectiva, Damasio va anotando las conclusiones de miles de pacientes en más de dos décadas.

La conclusión que da forma a su hipótesis une fisiología y anatomía; emociones, razón y sentimientos. El error de Descartes fue la pretendida asepsia de una razón pura, inmanente, principio y motor de nuestros determinantes existenciales. *Cogito ergo sum*, primero pienso y del pensar me viene el existir, afirma Descartes en la parte cuarta del Discurso del método. Somos racionales y emocionales. Razones y sentimientos no pueden explicarse como compartimentos separados de nuestro cuerpo. La razón posmoderna es un tramado que va más lejos que las relaciones neuronales: nuestro cuerpo siente, nuestra mente piensa, nuestras emociones odian, aman, sufren, etc. Todo ello sucede desde una corporalidad imposible de dividir o separar. Pensando tal vez en Kant, Damasio confiesa que se propuso escribir sus experiencias científicas convencido de que "la razón puede no ser tan pura como muchos suponemos: en la base racional están emociones y sentimientos". Spinoza en su tiempo lo dijo brevemente: "...la razón no puede reprimir los afectos".

LA INTELIGENCIA EMOCIONAL

Confundido con una cantidad difícil de precisar de obras de autoayuda –unas más próximas a la ciencia y otras inclinadas al mercantilismo editorial–, este libro de Daniel Goleman aparecido en 1995 venía por senderos complementarios al recorrido por Damasio. Durante veinte años Goleman ha llegado a concluir que hoy es posible conocer con mayor rigor científico la importancia de la actividad emocional y diseñar soluciones para actuar ante quienes se ven desbordados por el odio, el dolor, la rabia, la angustia, etc. La tesis de Goleman se enuncia diciendo que el coeficiente intelectual no puede dar cuenta plenamente de nuestras conductas o de la mayor o menor habilidad para resolver problemas: hay que conocer el "conjunto de habilidades que hemos

dado en llamar inteligencia emocional", dice Goleman. Esa inteligencia emocional debe ser entendida como el hilo que une y vincula sentimientos, carácter y los impulsos morales. De aquí se desprende el énfasis psicológico de la teoría pues detrás de los sentimientos, en la misma raíz de ellos, están las emociones que dan el sello de amorosa vinculación con los demás seres humanos o nos arrastran al odio interpersonal o al más irracional de las guerras. La paz podría ser interpretada entonces, en el lenguaje subyacente de esta teoría, como el estado ideal en que el hombre alcanza su equilibrio emocional y sintiente. La humanidad, podría decir Goleman, en estos tiempos posmodernos, está urgida de una armonía simpatética que ya añoraba Platón en el siglo V a.C.

El carácter, los deseos, las ganas, los impulsos y los motivos son inseparables de la preocupación filosófica por la vida social pues no otra cosa preocupa a la filosofía práctica o ética. Somos, parece ser una primera constatación, animales racionales–emocionales–sintientes. Desde el ámbito en que se desplaza la visión sociológica ejercida sobre nuestra vida social, resulta de la mayor importancia este aporte de la teoría de la inteligencia emocional. La sociedad del siglo XXI es heredera de una conflictividad social marcada por el aislamiento, egoísmo, angustia, depresión, odio, ansiedad, neurosis y los impulsos de agresividad que en algún momento parecían propios de la adultez y hoy invaden escuelas y colegios.

En esta tendencia de la epistemología actual por superar los límites que el positivismo le colocó a la razón, aunque paradójicamente la consideró un baluarte inexpugnable para alcanzar el progreso y el desarrollo, Goleman es un hombre de gran optimismo ante las experiencias de la inteligencia emocional, en

especial, en las últimas dos décadas. Para enfatizarlo, sostiene que:

Hemos sobrevalorado la importancia de los aspectos puramente racionales (de todo lo que mide el C.I.) para la existencia humana pero, para bien o para mal, aquellos momentos en que nos vemos arrastrados por las emociones, nuestra inteligencia se ve francamente desbordada... (Goleman, 1997, p. 23).

LA RAZÓN SENSIBLE

Michel Maffesoli, ha planteado un análisis de la Modernidad a partir del papel que en ella se atribuía a la razón. Esa racionalidad ilustrada, instrumental, objetiva (desde la objetividad que exigía la ciencia), ponderada (rigurosa hasta la frónesis como exigía Aristóteles); pura (como la pensaba Kant y descontaminada de la experiencia para evitar el escepticismo de Hume y los desvaríos de la metafísica). Esa razón, alcanzó su cristalización en los predios epistemológicos del positivismo.

Ahora está aquí observada y puesta al trasluz por Maffesoli, quien intenta construir una teoría sociológica de alcances tan vastos como una muy sensata universalidad de lo que llama razón sensible. Y no le faltan motivos, pues la mayor sensatez en la historia de las ideas que han revolucionado el pensamiento humano, han sido aquellas que en su tiempo o fueron perseguidas o se consideraron utópicas. Está también la historia de aquellos que por discrepar y por ofrecer nuevos cauces a la ciencia fueron quemados en la hoguera –que no es ninguna metáfora– como Servet o Bruno. Estas prácticas, parecen superadas sin que tengamos seguridad de que no volverán a repetirse.

¿Qué es la razón sensible sobre la cual descansa el nuevo discurso posmoderno que el intelectual francés y profesor de La Sorbona nos propone?

En primer lugar, su marco filosófico de referencia, responde al desarrollo que en Europa ha logrado vastos alcances en la ética de situaciones. Se trata de una antropología filosófica que piensa al hombre en una referencia contingente definida históricamente en la intersubjetividad de la interacción social. Su discurso, como en Ortega y Gasset y en los existencialistas, es una razón vital y por ello, desde un comienzo es un vitalismo optimizante, desacralizador. El sentido situacional de la razón sensible se refiere al énfasis que las cosas muestran en su aparecer. Se trata de asumir la existencia menos como una representación del mundo y dejar que se manifieste como una simple presentación. Esta presentación tiene en sí la riqueza, el dinamismo y la vitalidad de los mundos antagónicos y opuestos que en los orígenes de la filosofía alumbraron Empédocles y con mejores resultados posteriores, Heráclito.

Así llegamos a una razón que sale de los marcos o categorías conceptuales clásicos que la definen pura, dura, y nos acerca a un mundo tal como el mundo es, sin prenociones ni categorías a priori. Maffesoli quiere que la razón sensible nos acerque a un nuevo modo de pensar y decir el mundo.

Se trata de un quiebre epistemológico que intenta integrar en una visión cósmica ciencia, arte, filosofía y, al parecer, todo cuanto hay. Se trata de una vuelta a los orígenes mismos de la filosofía o aún más lejos, a los orígenes de la tragedia griega tan rica en vetas míticas. Maffesoli parece dispuesto a romper los marcos de referencia de su propia experiencia, la sociología. En los fundamentos de la razón sensible aparecen, como en un gran escenario

epistemológico, la psicología, los mitos, la tragedia, la poesía, todo el arte, la biología, con énfasis en las neurociencias. Le sirven al discurso de la razón sensible el inconsciente colectivo de Jung y el psicoanálisis freudiano. Lo ha dicho con ambición Maffesoli. Se trata de una conciencia que se proyecta como una ampliación de la conciencia. He aquí un proyecto ambicioso, una construcción teórica que amplía los horizontes.

Para una aspiración tan legítima en estos complejos tiempos posmodernos, la razón ha pasado a una sala de tratamiento intensivo y su diagnóstico plantea innumerables interrogantes. Pero no importa, el hombre es un animal que hace preguntas, ha sentenciado el historiador Daniel Boorstin. Se trata de una nueva manera de ver, pensar, aprehender, interpretar y comprender el mundo. No es extraño, entonces, que la construcción epistemológica posmoderna se haya desarrollado con discursos que, en apariencia dispersos, se han ido fortaleciendo e integrando en una teoría de amplios alcances que podrían extenderse a todo el globo. Aclaremos de una vez, no se trata de construirle el piso teórico que le faltaba a la globalización.

Como puede observarse, hay una revaloración de la razón. El salto epistemológico nos instala en una razón sensible. En algún momento su empeño lo acerca al estilo genealógico de Nietzsche y esperamos que no se diluya en nuevo nihilismo. En lo psicológico, quiere rescatar a la teoría de la Gestalt al desarrollar su idea del "formismo", en plena oposición a cualquier tendencia a las esencias. Piensa que una razón sensible, que evite las manipulaciones de la técnica, la ideología, etc. podría apoyarse en cierto espíritu dionisiaco, capturando de él una exultante defensa de las pasiones como elemento integrador de una conducta moral más amplia y

comprensiva. Esta razón sensible debe evitar la denotación peyorativa de lo irracional. El nuevo discurso será incluyente y no excluyente. Con Freud habrá que repensar esta pasión por desentrañar qué es aquello que nos mueve en la vida moral y nos impulsa desde fuerzas oscuras, profundas e inconscientes. Así, la aspiración dionisiaca es de un nuevo vitalismo en que convive la razón y la sinrazón.

No resulta sorprendente entonces hallarnos ante un reconocimiento no explícito, pero de profunda riqueza en el subtexto, de pistas y señales en el camino de la lectura que nos colocan ante un desafío hermenéutico que va develando el quiebre epistemológico de la posmodernidad. ¿Cómo aparece esta vertiente en el trabajo de Maffesoli? Es necesario, dice, pasar del afán filosófico de la representación en el doble sentido psiconeurológico y filosófico, a la simple presentación. La representación ha sido pensada como visión, contemplación, aprehensión del mundo y su máxima aspiración ha sido una *wellstanchauung*. Los empiristas, y después de ellos los pragmatistas, pusieron el énfasis en la idea de que el mundo es captable por los sentidos. Su concepción mecanicista del conocimiento como percepción/sensación/aprehensión/representación final en el cerebro ejerció una larga influencia. Las neurociencias han develado lo que había de misterioso en el cerebro. Ahora estamos en condiciones de responder cómo las percepciones inician un proceso interpenetrado de receptores, neurotransmisores, neuronas, dendritas que culminan en la sinapsis.

A Maffesoli le preocupa la gestación de una epistemología que ponga énfasis en la pura presentación. Si se quiere aproximar su propuesta a los lenguajes neofenomenológicos, debería decirse que hay una pretensión de una presentación pura. Husserl tuvo la pretensión de

que la intuición eidética lo conduciría a una filosofía pura. El fracaso de esa metafísica era evidente.

La fundamentación de este giro de la razón posmoderna se funda en el convencimiento de la necesidad de pasar de un racionalismo puro y duro, a un espacio abierto en que tengan cabida lo irracional, lo insensato, las pasiones, lo que desearíamos como Dionisos. Lo sensato es reconocer, sostiene, que hay particulares condiciones que hacen a cada cultura dispuesta a abrirse a la realidad circundante en que lo humano se funde en la ambivalencia, lo ambiguo, lo contradictorio. Como en el teatro, luz y sombra. Como en la vida, cuerpo y espíritu en una organización que hace fecunda la vida misma.

En la presentación las cosas simplemente son. La modernidad política valorizó la democracia burguesa como el sistema que mejor sabía expresar la convivencia social. Ante iguales deberes y derechos la representación política garantizaba el buen funcionamiento en todos los ámbitos, desde el vecindario hasta el país. Al elegir, alguien nos representa. La presentación es simple aparecer. Si se extreman las exigencias del análisis, nos encontraríamos ante una aspiración fenomenológica que intenta despojar (en la epojé) al mundo de lo accesorio y superficial, lo intenta presentar como un mundo descarnado, puro, en su verdad esencial. Por eso la presentación no se contamina con la experiencia ni con psicologismos. Deja que el mundo sea, en toda su posibilidad y realización de ser mundo. Para evitar alguna confusión regresiva en lo político o metafísica en lo filosófico, Maffesoli declara que se trata del mundo de aquí. En este modo de ver el mundo, descarnado, no hay reminiscencias místicas. Tampoco debe confundirse el aparecer de las formas (en su ampliación del formismo

derivado de la Gestalt) con las apariencias de quien asume una actitud ramplona y simple.

La crítica a la razón moderna instrumental, tecno-científica, funcional, va dejando aparecer desde el interior de la posmodernidad las nuevas luces. Se empiezan a reconocer las formas que van dando sentido a la razón sensible. Para dar garantías y más clara idea de esta propuesta de una nueva racionalidad, Maffesoli no quiere separar los mundos. Como Leibniz y Newton, nos recuerda que el mundo es matemáticamente infinitesimal; pero en su infinitud es uno, aunque no homogéneo y que la actitud intelectual no basta, ella se conforma con el discriminar. El pensamiento moderno separó el bien del mal; lo verdadero de lo falso, pero en el mundo coexisten los opuestos. La riqueza del mundo es heracliteana y persiste por el constante fluir que hace de la vida, muerte; y de la muerte, vida. No se puede ver el mundo como de fuera, como exigía Dürkheim que hiciera el sociólogo, en oposición a lo de dentro, pues ambos referentes hacen el mundo. Lo material no excluye lo inmaterial.

Tal vez ahora empieza a comprenderse, en esta nueva sensibilidad de la razón el discurso de quienes se pronuncian por el respeto de las minorías étnicas, económicas o sociales. En este sentido las ideas de Edgar Morín, en su defensa de la diversidad ecológica y humana, no son ajenas al discurso de Maffesoli. El racionalismo no ha sabido reconocer las fuerzas contrarias a él para integrarlas. O es blanco o es negro; o racional o irracional. O virtuoso o pecador. Pareciera que la posmodernidad requiere de un gran director de orquesta dotado de la habilidad para hacer entrar todos los sonidos en la interpretación armoniosa del mundo. O que requiere de un gran pintor, que como hicieron los pintores barrocos, intente ofrecernos un mundo hecho

lúdicamente, inacabado, que nos permita avizorar sus contornos, sus vados y sus pasos seguros. Al mismo tiempo que las huellas, las autopistas y las selvas. Un mundo en el que cada quien pueda hacer el suyo y ser respetado por ello. El mundo no está hecho, está apenas insinuado. La belleza del crepúsculo encierra la belleza del amanecer. En la vida de aquellos morimos y en la muerte de estos vivimos, nos recuerda a cada instante Heráclito.

Hay que darle nuevos aires a la razón, caso contrario, pasará a ser una condición esclerotizada, petrificada. Si otros la forjaron de hierro, habrá que fundirla y reconstruirla no sólo pura, como aspiraba Kant, sino como la condición privilegiada que integra todos los posibles sonidos y colores; altos y bajos; una razón que haga de lo sagrado y profano mundos coexistentes. Entonces, la razón sensible tendrá que proyectarse en un mundo multicultural, complejo y abierto. Tal vez el equilibrio ecológico sea inseparable del equilibrio humano. ©

REFERENCIAS

- DAMASIO, A. (1997). *El error de Descartes* (2ª edic.). Santiago, Chile: Edit. Andrés Bello.
- GOLEMAN, D. (1997). *Inteligencia emocional* (10ª edic.). España: Kairos.
- MAFFESOLI, M. (1993). *El conocimiento ordinario*. México: F.C.E.
- MAFFESOLI, M. (1997). *Elogio de la razón sensible*. Buenos Aires: Paidós.
- MORÍN, E. (1999). *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires: Nueva Visión.